

que pertenecía, y que se creía de una naturaleza superior al resto de los hombres, destinados por el Supremo Criador para ser sus esclavos y rendirle el homenaje y culto que se debe á un señor natural. Para estos elejidos de Dios, nacidos y desarrollados en una atmósfera de adulacion y servilismo, los vasallos no representaban otra cosa que humildes ganados formados de una masa baja y miserable, propia y adecuada únicamente para obedecer y honrarse con ejecutar los mandatos de su dueño y señor. Los pueblos en su opinion no tenian derechos, sino deberes, y éstos se reducian á acatar y reverenciar humildemente los caprichos de la raza elejida á quien el Criador habia entregado el régimen y dominio absoluto de la humanidad. La dura leccion que los Borbones recibieron en la Revolucion francesa, viendo rodar al pie del verdugo la cabeza de uno de sus más selectos príncipes, léjos de dulcificar sus instintos y modificar sus ideas, haciéndoles conocer lo poco que valian delante de sus pueblos, los habian por el contrario exasperado, y en su corazon al desprecio por sus vasallos se habia unido un ódio rencoroso que los impulsaba á oprimir más y más aquella masa rebelde para quitarle los medios de rebelarse contra sus señores. Para los Borbones, Luis XVI no era un príncipe herido y humillado por un pueblo inteligente dueño de su soberanía, era un Rey desgraciado á quien habian devorado los lobos porque no supo defenderse de las agresiones de aquellas fieras: un mártir de su debilidad, y un ejemplo para que sus semejantes supiesen usar con rigor y energía del poder y dominio que en sus manos depositó la Providencia.

A estas ideas engañosas que, por decirlo así, existian *ab initio* en la masa de su sangre, reunia otras María Cristina de Borbon, otras cualidades que la hacian no ménos á propósito para representar el papel de Reina absoluta. De un talento bastante despejado, y de un carácter astuto, falaz é insidioso, tenia como casi todos los descendientes de su raza un doble fondo, y una intencion dañada y artera. Con una aparente benevolencia y una refinada hipocresía, sabía captarse la voluntad de cuantos la rodeaban, y conseguir de ellos lo que queria sin que se apercibiesen de que obedecian á su capricho como meros instrumentos. Como sus vasallos no tenian á su vista derechos de ninguna especie, se consideraba dispensada de tener para con ellos deberes que cumplir, y si la fuerza de los sucesos la obligaban á concederles alguna gracia, se doblegaba á ello de una manera elástica para recobrar su tirantez y faltar á lo que habia prometido sin escrúpulo ninguno, cuando las circunstancias excepcionales que la obligáran á ceder habian pasado. Así se han visto tantas veces en su historia esas contradicciones al parecer tan estrañas, y esa falta de decoro para quebrantar sus palabras y aun sus juramentos, cuando ya no creía necesario hacer uso de su refinada hipocresía.

Otras cualidades no ménos viciosas ha dado siempre á conocer esta insidiosa mujer: era muy dada á todo género de placeres, condicion propia de las personas educadas en la molicie y entre la infecta atmósfera de la adulacion, que convierte en virtudes hasta las faltas más vergonzosas de los Príncipes. Por esta razon no se ha distinguido nunca por su moralidad y sanas costumbres: ya antes de que muriese su esposo, se habian contado de ella aventuras galantes que honraban poco al recato y severas virtudes que deben acompañar á la esposa de un Monarca, y más adelante veremos de qué manera menospreciaba la memoria del que la ele-